

## OTRAS RAZONES

## PASIONES DE SERVIDUMBRE

La aparición espectral del Rey Hamlet ante su hijo perturbó la aparente felicidad del alegre Reino de Dinamarca, al hacer aflorar la verdadera naturaleza criminal del Estado sobre la costra de la mentira oficial. Incita-



rrupción en el mundo financiero y la lealtad o fidelidad de los votantes a los partidos del crimen o a los de su perdón. Nuestros partidos son órganos representativos del Estado, y no de la sociedad. La transición española pudo vencer,

do por el Ghost of King Hamlet, el joven príncipe y piadoso hijo intentará restaurar las cosas en el adecuado orden moral; objetivo éste que sólo se podrá conseguir con la destrucción de la dinastía. Del mismo modo, el último libro de Antonio García Trevijano, Pasiones de Sevidumbre, que saldrá al mercado en los próximos días, igual que el vaporoso y asesinado Rey Hamlet, nos desvela las brutales transgresiones morales sobre las que se asienta este régimen político. Ninguna autenticidad moral puede haber en el crepido de este Estado gótico, en el que descubrimos la brutalidad de su verdadera realidad en acciones como el GAL, las torturas y vejaciones casi sistemáticas que sufren los presos en las cárceles del Reino, y la corrupción financiera.

La verdad es que este desvelamiento de los oscuros sótanos del alma pública, en donde se nutren las raíces pasionales de la partidocracia reinante, nos llega a asustar y casi a aterrorizar. Pongamos algunos ejemplos. El Estado de las Autonomías parece repetir el Estado de los virreinos de América, que todo el mundo sabe cómo acabaron. De la decrepitud de nuestro ánimo nacional viene la patología de la obediencia pasional. La pasión de inmoralidad proviene de una «civilización de negocios» que ha llevado a la política las reglas amorales de los negocios. Como sucede en el culto a los muertos, recordar el día del refrendo de nuestra Constitución exige olvidar los signos de enfermedad y fealdad moral que marcaron su gestación y nacimiento, y los abusos que permite a los poderosos. La pasión del olvido hace tópidamente putativas a las generaciones que la padecen. Y lo que parecía privilegio de la legión extranjera, la impunidad del pasado, ha sido convertido por el genio transitivo de los españoles en principio general de su convivencia pacífica. Hemos aprendido, con la libertad dentro de los muros y la falta de libertad fuera de ellos, que todo el pueblo puede hacer de su locura moral una norma, y de la edificación política obra de arriba a abajo, un manicomio nacional para albergar a la muchedumbre de locos por decreto. Los pueblos largo tiempo oprimidos, por la naturaleza represiva de una dictadura, se consideran liberados cuando pasan a estar solamente comprimidos, por la esencia coactiva de un consenso entre los órganos constituyentes del Estado. La disidencia debe exigir respeto cívico o castigo, que es otra forma de respetar el honor de las ideas y de la consecuencia moral mediante su represión violenta, pero jamás tolerancia, que es la repugnante virtud de los amos para con sus súbditos. Los jóvenes que han nacido bajo este régimen son escépticos de sentimiento y vulgares de entendimiento. Lo que produce verdadero espanto no es el crimen de los criminales políticos, pues esa corrupción la evitaría la separación de los poderes estatales. Lo deprimente está en el apoyo mediático de las oligarquías editoriales al cinismo de los gobiernos generadores de arbitrariedad y co-

con la mentira parlanchina, la verdad de los hechos históricos y, con el incesante fraude de las palabras, la realidad de los ideales que anteriormente dieron vida a la oposición democrática a la dictadura. No caen en desuso las palabras porque sean crudas o fuertes, sino porque son sentimentales. Y el lenguaje de la transición «neutraliza el corazón». Pero no sólo el maestro García-Trevijano, como el nuevo Ghost of King Hamlet, nos señala las pasiones innobles que constituyen las emociones que cimientan el régimen, sino también aquellas pasiones nobles que han de garantizar en el futuro la libertad política, y a ello dedica el capítulo tercero de su obra. Esta vez, como un nuevo Nehemías, se dedica a tapar las brechas que las pasiones de servidumbre han abierto en la muralla de la libertad. ¿Hará revivir esta obra las piedras ya calcinadas de entre los montones del escombros?

Martín-Miguel RUBIO ESTEBAN

## DE LITERATURA, FIERAS Y RINCONES

El animal, por pacífico que sea, cuando se ve acosado, ataca. Y, entonces, quien antes le ignoraba o perseguía, se muestra asombrado, protesta. Diversas son las formas de la censura ordenada de nuestro



eso, cuando la *fiera*, aunque sea en su cubil, ataca, los impolutos caballeros y damas del orden piden no diálogo, sino censura. Son los mismos que durante años globaban y se hacían cruces y levantaban cru-

zadas en defensa de los papeles clandestinos que se publicaban en los viejos países socialistas. Aquellos eran héroes, éstos proscritos. Los mismos que hablan de libertad, bienestar, y cierran los ojos ante los miles de muertos inmigrantes que buscan el paraíso que les ofrecen quienes condenarán a millones de seres humanos, con su silencio y buenas maneras, a la explotación de los antiguos esclavos que ya no embarcan en buques negreros sino que han de hipotecar su futuro para pagar sus pasajes y acceder así al expolio y la explotación. No estoy de acuerdo con muchos de los juicios literarios que emite *La Fiera Literaria*. Por eso salgo en defensa de su existencia. Porque siempre ha combatido la paz de los cementerios o la política o literatura *correcta*. Sería el último en meter en el mismo saco a Miguel Delibes y Maruja Torres. Muchos otros ejemplos podría aducir. No se trata de juzgar según simpatías o antipatías personales, compromisos políticos o escuelas literarias: se trata de dar a la literatura, no toda naturalmente la que por tal se hace pasar, lo que ésta nos ofrece como lectores desprejuiciados. Y si el grupo Prisa potencia a sus autores o silencia a quienes no le son afines, el grupo El Mundo realiza idénticas operaciones, a la inversa tal vez, con quienes le interesa. Por otra parte, la crítica pienso que debe ser no sólo de denuncia, sino también de afirmación, teniendo en cuenta que todo juicio es subjetivo y está sujeto a las leyes del tiempo. Todo dogmatismo me parece peligroso. La Fiera es necesaria. Y mientras menos dependiente, amiga, circunscrita a clanes de cualquier índole aparezca, lo será más. Es necesaria como lo ha sido el artículo de Juan Goytisolo en *El País* (¿su adiós definitivo del medio?). Nuestra literatura en particular, y la cultura en general, atraviesan una degradación que pueden llevarlas al caos abismal. Porque estamos en los umbrales de la corrupción absoluta del editor, el escritor y el lector. Más peligrosa todavía que la corrupción, de la desaparición, al modo que desaparecen viejas librerías, de su suplantación por falsas y monumentales superficies comerciales, donde los nuevos editores, escritores y lectores encuentran su razón de ser. Y ante eso el grito, los gritos, son necesarios. Muchos notamos la presión asfixiante que la mercantilización y la falta de libertad –libertad es siempre respetar la opinión del contrario– imponen. Por eso, ábranse mil cubiles, salten al debate las fieras que no quieren ser aplastadas por la sumisión al pensamiento único. Esto no tiene nada que ver con Mao. Esto es apostar, aquí y ahora, por la diferencia y la libertad.

El mercado censura, relega al ostracismo a quienes le critican y no tiene piedad para el borrado de la foto de familia. Desde hace lustros se sabe que la mayor parte de los grandes premios literarios están amañados, que la crítica obedece a los imperativos de quienes controlan el poder económico en los medios en que el crítico oficia, que las editoriales sólo se preocupan ya de obtener beneficios y no es la opinión del lector literario la que cuenta, sino la del responsable comercial. Se saben demasiadas cosas, de las que uno lleva décadas escribiendo. Pero la mentira se ampara en el sometimiento y el miedo y la autocensura amordazan a gran parte de los escritores. Por

los papeles clandestinos que se publicaban en los viejos países socialistas. Aquellos eran héroes, éstos proscritos. Los mismos que hablan de libertad, bienestar, y cierran los ojos ante los miles de muertos inmigrantes que buscan el paraíso que les ofrecen quienes condenarán a millones de seres humanos, con su silencio y buenas maneras, a la explotación de los antiguos esclavos que ya no embarcan en buques negreros sino que han de hipotecar su futuro para pagar sus pasajes y acceder así al expolio y la explotación. No estoy de acuerdo con muchos de los juicios literarios que emite *La Fiera Literaria*. Por eso salgo en defensa de su existencia. Porque siempre ha combatido la paz de los cementerios o la política o literatura *correcta*. Sería el último en meter en el mismo saco a Miguel Delibes y Maruja Torres. Muchos otros ejemplos podría aducir. No se trata de juzgar según simpatías o antipatías personales, compromisos políticos o escuelas literarias: se trata de dar a la literatura, no toda naturalmente la que por tal se hace pasar, lo que ésta nos ofrece como lectores desprejuiciados. Y si el grupo Prisa potencia a sus autores o silencia a quienes no le son afines, el grupo El Mundo realiza idénticas operaciones, a la inversa tal vez, con quienes le interesa. Por otra parte, la crítica pienso que debe ser no sólo de denuncia, sino también de afirmación, teniendo en cuenta que todo juicio es subjetivo y está sujeto a las leyes del tiempo. Todo dogmatismo me parece peligroso. La Fiera es necesaria. Y mientras menos dependiente, amiga, circunscrita a clanes de cualquier índole aparezca, lo será más. Es necesaria como lo ha sido el artículo de Juan Goytisolo en *El País* (¿su adiós definitivo del medio?). Nuestra literatura en particular, y la cultura en general, atraviesan una degradación que pueden llevarlas al caos abismal. Porque estamos en los umbrales de la corrupción absoluta del editor, el escritor y el lector. Más peligrosa todavía que la corrupción, de la desaparición, al modo que desaparecen viejas librerías, de su suplantación por falsas y monumentales superficies comerciales, donde los nuevos editores, escritores y lectores encuentran su razón de ser. Y ante eso el grito, los gritos, son necesarios. Muchos notamos la presión asfixiante que la mercantilización y la falta de libertad –libertad es siempre respetar la opinión del contrario– imponen. Por eso, ábranse mil cubiles, salten al debate las fieras que no quieren ser aplastadas por la sumisión al pensamiento único. Esto no tiene nada que ver con Mao. Esto es apostar, aquí y ahora, por la diferencia y la libertad.

los papeles clandestinos que se publicaban en los viejos países socialistas. Aquellos eran héroes, éstos proscritos. Los mismos que hablan de libertad, bienestar, y cierran los ojos ante los miles de muertos inmigrantes que buscan el paraíso que les ofrecen quienes condenarán a millones de seres humanos, con su silencio y buenas maneras, a la explotación de los antiguos esclavos que ya no embarcan en buques negreros sino que han de hipotecar su futuro para pagar sus pasajes y acceder así al expolio y la explotación. No estoy de acuerdo con muchos de los juicios literarios que emite *La Fiera Literaria*. Por eso salgo en defensa de su existencia. Porque siempre ha combatido la paz de los cementerios o la política o literatura *correcta*. Sería el último en meter en el mismo saco a Miguel Delibes y Maruja Torres. Muchos otros ejemplos podría aducir. No se trata de juzgar según simpatías o antipatías personales, compromisos políticos o escuelas literarias: se trata de dar a la literatura, no toda naturalmente la que por tal se hace pasar, lo que ésta nos ofrece como lectores desprejuiciados. Y si el grupo Prisa potencia a sus autores o silencia a quienes no le son afines, el grupo El Mundo realiza idénticas operaciones, a la inversa tal vez, con quienes le interesa. Por otra parte, la crítica pienso que debe ser no sólo de denuncia, sino también de afirmación, teniendo en cuenta que todo juicio es subjetivo y está sujeto a las leyes del tiempo. Todo dogmatismo me parece peligroso. La Fiera es necesaria. Y mientras menos dependiente, amiga, circunscrita a clanes de cualquier índole aparezca, lo será más. Es necesaria como lo ha sido el artículo de Juan Goytisolo en *El País* (¿su adiós definitivo del medio?). Nuestra literatura en particular, y la cultura en general, atraviesan una degradación que pueden llevarlas al caos abismal. Porque estamos en los umbrales de la corrupción absoluta del editor, el escritor y el lector. Más peligrosa todavía que la corrupción, de la desaparición, al modo que desaparecen viejas librerías, de su suplantación por falsas y monumentales superficies comerciales, donde los nuevos editores, escritores y lectores encuentran su razón de ser. Y ante eso el grito, los gritos, son necesarios. Muchos notamos la presión asfixiante que la mercantilización y la falta de libertad –libertad es siempre respetar la opinión del contrario– imponen. Por eso, ábranse mil cubiles, salten al debate las fieras que no quieren ser aplastadas por la sumisión al pensamiento único. Esto no tiene nada que ver con Mao. Esto es apostar, aquí y ahora, por la diferencia y la libertad.

los papeles clandestinos que se publicaban en los viejos países socialistas. Aquellos eran héroes, éstos proscritos. Los mismos que hablan de libertad, bienestar, y cierran los ojos ante los miles de muertos inmigrantes que buscan el paraíso que les ofrecen quienes condenarán a millones de seres humanos, con su silencio y buenas maneras, a la explotación de los antiguos esclavos que ya no embarcan en buques negreros sino que han de hipotecar su futuro para pagar sus pasajes y acceder así al expolio y la explotación. No estoy de acuerdo con muchos de los juicios literarios que emite *La Fiera Literaria*. Por eso salgo en defensa de su existencia. Porque siempre ha combatido la paz de los cementerios o la política o literatura *correcta*. Sería el último en meter en el mismo saco a Miguel Delibes y Maruja Torres. Muchos otros ejemplos podría aducir. No se trata de juzgar según simpatías o antipatías personales, compromisos políticos o escuelas literarias: se trata de dar a la literatura, no toda naturalmente la que por tal se hace pasar, lo que ésta nos ofrece como lectores desprejuiciados. Y si el grupo Prisa potencia a sus autores o silencia a quienes no le son afines, el grupo El Mundo realiza idénticas operaciones, a la inversa tal vez, con quienes le interesa. Por otra parte, la crítica pienso que debe ser no sólo de denuncia, sino también de afirmación, teniendo en cuenta que todo juicio es subjetivo y está sujeto a las leyes del tiempo. Todo dogmatismo me parece peligroso. La Fiera es necesaria. Y mientras menos dependiente, amiga, circunscrita a clanes de cualquier índole aparezca, lo será más. Es necesaria como lo ha sido el artículo de Juan Goytisolo en *El País* (¿su adiós definitivo del medio?). Nuestra literatura en particular, y la cultura en general, atraviesan una degradación que pueden llevarlas al caos abismal. Porque estamos en los umbrales de la corrupción absoluta del editor, el escritor y el lector. Más peligrosa todavía que la corrupción, de la desaparición, al modo que desaparecen viejas librerías, de su suplantación por falsas y monumentales superficies comerciales, donde los nuevos editores, escritores y lectores encuentran su razón de ser. Y ante eso el grito, los gritos, son necesarios. Muchos notamos la presión asfixiante que la mercantilización y la falta de libertad –libertad es siempre respetar la opinión del contrario– imponen. Por eso, ábranse mil cubiles, salten al debate las fieras que no quieren ser aplastadas por la sumisión al pensamiento único. Esto no tiene nada que ver con Mao. Esto es apostar, aquí y ahora, por la diferencia y la libertad.

los papeles clandestinos que se publicaban en los viejos países socialistas. Aquellos eran héroes, éstos proscritos. Los mismos que hablan de libertad, bienestar, y cierran los ojos ante los miles de muertos inmigrantes que buscan el paraíso que les ofrecen quienes condenarán a millones de seres humanos, con su silencio y buenas maneras, a la explotación de los antiguos esclavos que ya no embarcan en buques negreros sino que han de hipotecar su futuro para pagar sus pasajes y acceder así al expolio y la explotación. No estoy de acuerdo con muchos de los juicios literarios que emite *La Fiera Literaria*. Por eso salgo en defensa de su existencia. Porque siempre ha combatido la paz de los cementerios o la política o literatura *correcta*. Sería el último en meter en el mismo saco a Miguel Delibes y Maruja Torres. Muchos otros ejemplos podría aducir. No se trata de juzgar según simpatías o antipatías personales, compromisos políticos o escuelas literarias: se trata de dar a la literatura, no toda naturalmente la que por tal se hace pasar, lo que ésta nos ofrece como lectores desprejuiciados. Y si el grupo Prisa potencia a sus autores o silencia a quienes no le son afines, el grupo El Mundo realiza idénticas operaciones, a la inversa tal vez, con quienes le interesa. Por otra parte, la crítica pienso que debe ser no sólo de denuncia, sino también de afirmación, teniendo en cuenta que todo juicio es subjetivo y está sujeto a las leyes del tiempo. Todo dogmatismo me parece peligroso. La Fiera es necesaria. Y mientras menos dependiente, amiga, circunscrita a clanes de cualquier índole aparezca, lo será más. Es necesaria como lo ha sido el artículo de Juan Goytisolo en *El País* (¿su adiós definitivo del medio?). Nuestra literatura en particular, y la cultura en general, atraviesan una degradación que pueden llevarlas al caos abismal. Porque estamos en los umbrales de la corrupción absoluta del editor, el escritor y el lector. Más peligrosa todavía que la corrupción, de la desaparición, al modo que desaparecen viejas librerías, de su suplantación por falsas y monumentales superficies comerciales, donde los nuevos editores, escritores y lectores encuentran su razón de ser. Y ante eso el grito, los gritos, son necesarios. Muchos notamos la presión asfixiante que la mercantilización y la falta de libertad –libertad es siempre respetar la opinión del contrario– imponen. Por eso, ábranse mil cubiles, salten al debate las fieras que no quieren ser aplastadas por la sumisión al pensamiento único. Esto no tiene nada que ver con Mao. Esto es apostar, aquí y ahora, por la diferencia y la libertad.

los papeles clandestinos que se publicaban en los viejos países socialistas. Aquellos eran héroes, éstos proscritos. Los mismos que hablan de libertad, bienestar, y cierran los ojos ante los miles de muertos inmigrantes que buscan el paraíso que les ofrecen quienes condenarán a millones de seres humanos, con su silencio y buenas maneras, a la explotación de los antiguos esclavos que ya no embarcan en buques negreros sino que han de hipotecar su futuro para pagar sus pasajes y acceder así al expolio y la explotación. No estoy de acuerdo con muchos de los juicios literarios que emite *La Fiera Literaria*. Por eso salgo en defensa de su existencia. Porque siempre ha combatido la paz de los cementerios o la política o literatura *correcta*. Sería el último en meter en el mismo saco a Miguel Delibes y Maruja Torres. Muchos otros ejemplos podría aducir. No se trata de juzgar según simpatías o antipatías personales, compromisos políticos o escuelas literarias: se trata de dar a la literatura, no toda naturalmente la que por tal se hace pasar, lo que ésta nos ofrece como lectores desprejuiciados. Y si el grupo Prisa potencia a sus autores o silencia a quienes no le son afines, el grupo El Mundo realiza idénticas operaciones, a la inversa tal vez, con quienes le interesa. Por otra parte, la crítica pienso que debe ser no sólo de denuncia, sino también de afirmación, teniendo en cuenta que todo juicio es subjetivo y está sujeto a las leyes del tiempo. Todo dogmatismo me parece peligroso. La Fiera es necesaria. Y mientras menos dependiente, amiga, circunscrita a clanes de cualquier índole aparezca, lo será más. Es necesaria como lo ha sido el artículo de Juan Goytisolo en *El País* (¿su adiós definitivo del medio?). Nuestra literatura en particular, y la cultura en general, atraviesan una degradación que pueden llevarlas al caos abismal. Porque estamos en los umbrales de la corrupción absoluta del editor, el escritor y el lector. Más peligrosa todavía que la corrupción, de la desaparición, al modo que desaparecen viejas librerías, de su suplantación por falsas y monumentales superficies comerciales, donde los nuevos editores, escritores y lectores encuentran su razón de ser. Y ante eso el grito, los gritos, son necesarios. Muchos notamos la presión asfixiante que la mercantilización y la falta de libertad –libertad es siempre respetar la opinión del contrario– imponen. Por eso, ábranse mil cubiles, salten al debate las fieras que no quieren ser aplastadas por la sumisión al pensamiento único. Esto no tiene nada que ver con Mao. Esto es apostar, aquí y ahora, por la diferencia y la libertad.

los papeles clandestinos que se publicaban en los viejos países socialistas. Aquellos eran héroes, éstos proscritos. Los mismos que hablan de libertad, bienestar, y cierran los ojos ante los miles de muertos inmigrantes que buscan el paraíso que les ofrecen quienes condenarán a millones de seres humanos, con su silencio y buenas maneras, a la explotación de los antiguos esclavos que ya no embarcan en buques negreros sino que han de hipotecar su futuro para pagar sus pasajes y acceder así al expolio y la explotación. No estoy de acuerdo con muchos de los juicios literarios que emite *La Fiera Literaria*. Por eso salgo en defensa de su existencia. Porque siempre ha combatido la paz de los cementerios o la política o literatura *correcta*. Sería el último en meter en el mismo saco a Miguel Delibes y Maruja Torres. Muchos otros ejemplos podría aducir. No se trata de juzgar según simpatías o antipatías personales, compromisos políticos o escuelas literarias: se trata de dar a la literatura, no toda naturalmente la que por tal se hace pasar, lo que ésta nos ofrece como lectores desprejuiciados. Y si el grupo Prisa potencia a sus autores o silencia a quienes no le son afines, el grupo El Mundo realiza idénticas operaciones, a la inversa tal vez, con quienes le interesa. Por otra parte, la crítica pienso que debe ser no sólo de denuncia, sino también de afirmación, teniendo en cuenta que todo juicio es subjetivo y está sujeto a las leyes del tiempo. Todo dogmatismo me parece peligroso. La Fiera es necesaria. Y mientras menos dependiente, amiga, circunscrita a clanes de cualquier índole aparezca, lo será más. Es necesaria como lo ha sido el artículo de Juan Goytisolo en *El País* (¿su adiós definitivo del medio?). Nuestra literatura en particular, y la cultura en general, atraviesan una degradación que pueden llevarlas al caos abismal. Porque estamos en los umbrales de la corrupción absoluta del editor, el escritor y el lector. Más peligrosa todavía que la corrupción, de la desaparición, al modo que desaparecen viejas librerías, de su suplantación por falsas y monumentales superficies comerciales, donde los nuevos editores, escritores y lectores encuentran su razón de ser. Y ante eso el grito, los gritos, son necesarios. Muchos notamos la presión asfixiante que la mercantilización y la falta de libertad –libertad es siempre respetar la opinión del contrario– imponen. Por eso, ábranse mil cubiles, salten al debate las fieras que no quieren ser aplastadas por la sumisión al pensamiento único. Esto no tiene nada que ver con Mao. Esto es apostar, aquí y ahora, por la diferencia y la libertad.

## PORQUE SÍ Y PORQUE ES ASÍ

## YA ESTÁ EL COCHINO AVIADO

O mejor dicho, hecho trizas, en manos de las mondongueras. Porque cada año, desde hace 27, por febrero y marzo, se inician hoy en El Burgo de Osma, en medio de la fiesta y del jolgorio, las Jornadas Rito-Gastronómicas de la Matanza, de la que han sido pregoneros desde Camilo José Cela y Manuel Fraga a Luis del Olmo. Una de las más enjundiosas pitanzas que se conocen por estos reinos, con el puerco como protagonista, que es, como bien se sabe, animal de mucho provecho en grandes necesidades. Dicen por la vieja Castilla que cuarenta sabores –go-

losos y exquisitos– tiene el cerdo, y todos buenos. Tal vez por eso es la matanza mesa a la que se va a comer con ganas. A comer, que es el más fiel de los placeres. El último en abandonarnos. Porque cuando ya todos (o casi todos) nos han dicho adiós, a nadie se le niega la dicha del bien yantar. Y así, otro año, como es de ley, fiel a la bondad del puerco, hace matanza el Virrey.



Jesús FONSECA

## REBOREDO Y SAÑUDO

ahora quieren que volvamos a PASTAR en CAMPOS... de CONCENTRACIÓN



Andrés SOREL